



—Che, apaguen la radio que Horacio se va a cantar un tangazo de Dis-cépolo.

Tomás Di Toffino, Titi, el ex compañero de Tosco en la dirección de Luz y Fuerza de Córdoba, pidió silencio. Horacio Dottori, un físico de laboratorio, se paró en el medio del grupo, levantó la mano y sacó una voz ronca:

—...uno busca lleno de esperanzas,/ el camino que los sueños/ prometieron a sus ansias./ Sabe que la lucha es cruel y es mucha,/ pero lucha y se desangra/ por la fe que lo empecina...

Todos aplaudieron bajito. Enseguida, Di Toffino le pidió a Susana Sastre, Soledad, que recitara algo o contara un cuento.

—Dale, vos que sos maestra jardinera nos vas a hablar de caperucita. Dale...

—No, Titi. Bailar, sí, pero contar no me gusta. Soy tímida.

—Bueno, entonces, que vuelvan los chamamés.

En el pabellón eran unos veinte, entre hombres y mujeres. En general no los dejaban ni hablar pero esa noche, por causa de Navidad, los carceleros de La Perla permitían que sus prisioneros tuvieran un rato de diversión. El campo de concentración de La Perla o —La Universidad— había sido estrenado en marzo de 1976. Era una dependencia del Tercer Cuerpo de Ejército ubicada sobre la ruta 20, a 12 kilómetros de Córdoba, camino a Carlos Paz. Un lugar tranquilo pero transitado, visible desde la ruta. Lo tapaba una muralla alta que lo rodeaba entero; adentro había un edificio rústico, de ladrillo a la vista, con tres alas comunicadas entre sí por galerías: en un ala estaba la cuadra para los detenidos —de ocho metros por veinte—, y en las otras dos los dormitorios y oficinas del grupo de tareas a cargo del campo. Ahí estaban también las salas de tortura. Otro edificio, separado, servía para guardar los vehículos.

El Titi Di Toffino ya llevaba casi un mes en La Perla. A fines de 1975, tras la muerte de Agustín Tosco, el grupo de conducción de Luz y Fuerza había empezado a disgregarse. Las condiciones eran difíciles, el trabajo sindical se complicaba y las amenazas de las Tres A y el Comando Libertadores de América se cumplían a menudo. Los sindicalistas tenían opiniones distintas. El Flaco Arnaldo Murúa y Felipe Alberti, entre otros, pensaban que el momento no daba para seguir agitando y que había que replegarse hasta que

mejoraran las condiciones, no hacerse matar al cuete. Di Toffino no estaba de acuerdo:

—Si el Gringo estuviera vivo, seguiría resistiendo.

Le dijo, en esos días, al Flaco Murúa.

—Sí, pero el Gringo está muerto, y nosotros tenemos que hacer lo que creemos que es correcto.

Le contestó Murúa y, poco después, se mudó a Buenos Aires, donde su hermano le consiguió un empleo como administrativo. Felipe Alberti se fue a Mar del Plata, la ciudad de su mujer: su suegro le buscó trabajo en una panadería. Di Toffino se quedó en Córdoba, siguió con Luz y Fuerza en la Resistencia y estaba cada vez más vinculado a los Montoneros: a fines de noviembre lo secuestró un grupo del Tercer Cuerpo, se lo llevó a La Perla y lo torturaron días y días. Pero esa Nochebuena todos trataban de olvidarse por un momento de dónde estaban, de las pocas posibilidades que tenían de salir vivos del campo de concentración. Tomás bailaba con Susana:

—¿Quién me iba a decir a mí que todavía me podía dar estos gustos, eh? Yo, barrigón y todo, veterano, bailando con una mina de veinte. Pero la vida es así, en momentos como éste respirás por cada poro. Será que cuando uno sabe que le llega el final, redobla la alegría, apuesta más a la esperanza, aunque sepa que es imposible...

Susana dejó de bailar y prefirió que siguieran charlando sin tanta agitación. Los dos se sentaron en el piso.

—Mirá, Soledad, cuando estuve preso con el Gringo Tosco y Felipe Alberti, que nos conocíamos de años, parecía que en la cárcel empezábamos a conocernos en serio, en todo: los olores, la forma de roncar... Aquello ya fue hace años, más de siete años. Y ahora que estoy con ustedes, con muchachos más jóvenes, que recién nos conocemos, sentís que vivís para el otro...

Susana trató de rodear el hombro de Tomás con su brazo, pero era muy grandote.

—Sole, te juro que hoy, cuando me enteré que había muerto Herminia, sentía con todo mi alma que hubiera preferido mil veces estar en el lugar de ella. Te juro que preferiría con toda mi alma que Herminia estuviera viva. Y ojo que yo quiero vivir, vos sabés que a mí me van a llevar al “pozo” con una sonrisa dibujada.

Ese viernes 24 de diciembre había empezado con mucho calor y una muerte. El capitán Ernesto Barreiro —Hernández, el Rubio, el Nabo— había matado a Herminia Falik, obrera y sindicalista del gremio del calzado, en la sala de torturas. Susana y Tomás se enteraron por el boca a oreja, como el resto de los prisioneros, porque cada cual estaba en su colchoneta, vendado, y sólo podían hablarse en susurros. Salvo esa noche. El que les pasó el dato fue uno de los gendarmes que hacían de guardianes:

—La mujer se quedó seca en la sala de máquinas.

Esa tarde, el silencio de la siesta fue tan denso como el calor. Después entraron a la cuadra un par de miembros del grupo de tareas. El teniente primero Jose Gonzalez —Quiroga, Juan Veintitrés, Juan el Bueno— se fue derecho hacia Susana:

—Sole, esta noche van a poder festejar.

El teniente González era flaco, de altura mediana, frente ancha y pelo peinado para atrás. Le contó con cierto entusiasmo que el cocinero les había preparado patas de pollo con arroz y que, más tarde, iban a recibir sidra y pan dulce.

—Yo no voy a quedarme. Me voy con mi familia, sabés.

Ese día les había tocado el cocinero bueno, un gendarme al que Susana había visto de refilón alguna vez. El tipo no quería ni pisar el pabellón, porque, según los otros gendarmes, se descomponía de sólo ver a los prisioneros. Para después de la cena, los gendarmes habían llevado una radio grande y música. Todo autorizado por el capitán Barreiro.

—Con moderación, pero se van a divertir. Tienen que tomarlo como una noche excepcional.

Para el teniente González, la “moderación” significaba que, después de la una, el campo de concentración de La Perla retomaría su rutina habitual. El jefe del grupo de tareas de La Perla era el capitán Ernesto Barreiro; el otro con el mismo grado era el capitán Héctor Vergez. Otros integrantes fijos eran los tenientes primero Jorge Acosta —Ruiz, Rulo— y González. Además estaban los suboficiales Luis Manzanelli, Hugo Herreras y Elpidio Tejeda —Texas—, y los civiles Jorge Romero —Palito, José López—, Ricardo Luján —Yanqui—, Lardone —Fogonazo— y Merlo —Capucha—. El grupo dependía del batallón 141 de Inteligencia que a su vez reportaba al general Luciano Benjamín Menéndez, el jefe del Tercer Cuerpo de Ejército. La mayoría de los integrantes del grupo de tareas operaba desde mediados de 1975 en el Comando Libertadores de América. Todos andaban de civil, algunos de bluyín y pelo largo. Aunque el teniente González, por ejemplo, prefería llevar una boina con el escudo de Tradición, Familia y Propiedad y un escapulario colgado del cuello. Para hacer los operativos, usaban autos robados y pedían “zona libre” a través de las radios: así evitaban enfrentamientos con uniformados o con otros comandos de civil. Cuando iban a sus “objetivos” o “blancos” llevaban “números”:

otros militares que participaban eventualmente. Un "número" asiduo era el teniente primero Jorge Videla, primogénito del general y muy parecido a su padre. También llevaban "quebrados": detenidos que no vivían en la cuadra con el resto sino en una salita aparte. Fermín de los Santos, Dora Zárate, Eduardo Pinchewski y Cecilia Zússara tenían un papel importante, porque podían identificar personas en la calle y además contribuían a desmoralizar a sus ex compañeros en la tortura. Una vez que los del grupo de tareas secuestraban a un prisionero le vendaban los ojos, le asignaban un número y lo interrogaban; las sesiones de tortura podían durar un día o veinte, no había regla fija. Hubo detenidos que murieron en la tortura o una vez que los dejaron agonizantes en el pabellón. Pero en la mayoría de los casos los dejaban recuperarse en el pabellón y recién después los mataban. Los prisioneros se enteraban muy poco acerca del funcionamiento del campo de concentración, porque su contacto directo se reducía a los tres gendarmes de guardia dentro de la cuadra, que les repartían la comida —en general, una sopa sin fideos ni arroz— y los acompañaban al baño y a las duchas en los horarios establecidos.

Susana Sastre ya llevaba seis meses allí y sabía algunas cosas. Pero no sabía que ese lugar de donde no salía nadie con vida se llamaba La Perla. Susana era de Bell Ville, tenía 20 años y a los 17 había ido a la ciudad de Córdoba a estudiar Trabajo Social. Vivía en una pensión de estudiantes y, a principios de 1973, se incorporó al frente estudiantil del PRT. El viernes 11 de junio de 1976 fue a una cita en una plaza de la ciudad: cumplía tareas de enlace o de correo. En la cartera llevaba unos periódicos, algo de plata de su organización y una carta que un militante que estaba en la clandestinidad le mandaba a su madre. Cuando llegó a la plaza se le tiraron encima varios tipos: la cita estaba cantada, y el capitán Barreiro comandaba el operativo. La esposaron atrás, la subieron a un auto y le pusieron unos anteojos con papel carbónico. El grupo operativo partió hacia otro "objetivo", pero el militante de la JP que quisieron secuestrar consiguió eludirlos. En el mismo auto iba Cecilia Zússara, una "quebrada" del PRT que le confirmó a Barreiro que Susana era la militante que buscaban. Mientras iban hacia La Perla, los del grupo de tareas empezaron a ablandarla:

—Soledad, te enganchamos, te jodiste. Pero vos sos un perejil verde, así que a lo mejor te salvás. Si nos ayudás, te podés salvar.

Cuando llegó a La Perla le pusieron un número —el 346— y un civil, Elpidio Tejeda, se ocupó de darle una paliza en una salita contigua a la cuadra. Al rato le sacaron la venda e hicieron pasar a Piero Di Monti, un obrero de Sancor y militante del PRT que estaba muy golpeado.

—Vas a cantar, Soledad, porque si no, vas a quedar como éste.

Le dijo Tejeda. En la sala había una pizarra con el organigrama del PRT de Córdoba, con muchos círculos rojos. Piero, que había dado información en la tortura pero no era considerado un "quebrado", le dijo qué eran esos círculos:

—Si te llegan a preguntar por estos compañeros, no pierdas el tiempo, porque ya los agarraron.

Ese fin de semana Susana quedó aislada, a un costado de la cuadra. Escuchaba los gritos de la tortura de otros. Recién el lunes la llevaron a la sala, la desvistieron, la ataron a un catre y le empezaron a pasar la picana eléctrica por todo el cuerpo.

—¿Quién es Luis?

—No sé nada, no lo conozco.

—¿Vos sos correo?

—Sí, pero a mí me buscan en mi casa y no conozco a nadie.

La picanearon horas: el dolor era mayor que cualquier cosa que hubiera imaginado. Susana gritaba, se retorció y seguía diciendo que no sabía nada. Por momentos, le pareció que los torturadores empezaban a creerle.

—¡Esta es un perejil verde!

Esa noche la dejaron ducharse, le dieron ropa limpia y la mandaron a uno de los sesenta colchones de paja que había en la cuadra. Pasaron los días, y parecía como si se hubieran olvidado de ella. Con el correr de las semanas empezó a entender los mecanismos del lugar. Había tres detenidos que eran respetados por todos, incluso por los del grupo de tareas, y Susana se sintió respaldada por ellos, aunque sólo podía hablarles muy de vez en cuando, aprovechando alguna distracción de los gendarmes. Horacio Álvarez —del grupo Brigadas Rojas—Poder Obrero— estaba en la colchoneta de al lado; María de los Milagros Doldán, la Gorda, viuda de José Sabino Navarro, era la referente de Montoneros y Ricardo Ruffa, el Sapo, del PRT. Tenían números menores que el de Susana porque habían caído antes y sabían cuál sería su destino. La Gorda se lo dijo sin vueltas:

—Mirá, Sole, a nosotros saben que no nos pueden quebrar, pero los milicos de acá dicen que la decisión sobre nosotros la toma base y no ellos. La decisión es sólo sobre cuándo, ¿entendés? Pero éste es un frente más de lucha; aunque sea el último, no deja de ser un frente de lucha.

“Base” era el batallón de Inteligencia. Además del número, los detenidos tenían una ficha por triplicado: una quedaba en La Perla, otra iba a Inteligencia y la tercera a la jefatura del Tercer Cuerpo. Cuando base lo disponía, el grupo de tareas volvía a interrogar a los detenidos o los sacaba al “pozo”. Susana, como el resto, no sabía qué era el pozo. Creían que era la muerte, pero no sabían dónde ni cómo. El signo más fuerte de la inminencia del pozo era el rumor del camión. Cuando los detenidos oían el ruido del mercedes benz, los gendarmes les ajustaban las vendas y los llamaban por número o los agarraban de un brazo. Era un momento aterrador. Cuando empezaba, Susana sabía que le podía tocar a ella, como a cualquiera. El teniente José González le había dicho varias veces que ellos tenían una misión redentora.

—Dios nos ha encomendado que purifiquemos el país. No se puede construir una nación con ateísmo, con comunismo. Tenemos que terminar con esto, por eso es que los eliminamos. Yo rezo por las almas de mis enemigos.

También le dijo que sus enemigos eran los sindicalistas, que no dejaban de hacer huelgas. Susana no llegó a ver a René Salamanca, porque lo mataron antes de que ella cayera, ni a otros dirigentes clasistas. Pero a mediados de julio, un mes después de su caída, los militares trajeron unos quince chicos del colegio Manuel Belgrano que estuvieron en la cuadra un par de semanas. A ellos también los llevaron al pozo. Así que Susana, aunque a veces se esperaba con la posibilidad de sobrevivir, no era muy optimista. El teniente González alguna vez le llevó desodorante o galletitas. También alguna ropa, que robaban en los allanamientos. Se llevaban los muebles, y en algunos casos también pedían rescate a sus familias. Una tarde de calor, a mediados de noviembre, el gendarme llamó fuerte.

—Trescientos cuarenta y seis.

—Sí.

Susana se paró y la llevaron a una oficina, le dieron un trapo y un balde con agua y le dijeron que limpiara una mampara llena de tierra. Justo entonces llegó el camión, y Horacio Álvarez se dijo que no había otra posibilidad: iban a matar a Susana. Se descompuso, vomitó. Al rato llegó el teniente primero Acosta, y Horacio habló con él.

—Rulo, ustedes siempre dijeron que Soledad es una perejil, que la iban a soltar y ahora, se la llevaron al pozo... ¿Para qué la hicieron ilusionar?

El teniente Acosta le dijo a Horacio que él no daba las órdenes:

—Yo soy un soldado y hago lo que dispone base. Además, no es cierto que a Soledad la hayan llevado al pozo.

—Y entonces, ¿por qué enrollaron la colchoneta de Sole?

Cuando Susana terminó de limpiar la mampara le dijeron que esperara sentada. Unas horas después la llevaron de vuelta a la cuadra. Tras la sopa de la noche, el teniente Acosta fue nuevamente a la cuadra y se acercó a la colchoneta de Horacio:

—¿Ves que yo tenía razón? ¿La puedo llevar a tomar un helado?

El teniente Acosta le garantizó que al rato estarían de vuelta. Fue a buscar a Susana, le sacó la venda, le puso los anteojos negros con papel carbónico y la llevó hasta la ciudad en un auto donde iban tres más. El teniente Acosta iba, como de costumbre, con vaqueros, una camisa florida, y el pelo bastante largo. Salvo por la escopeta itaka recortada que llevaba en una cartuchera a media pierna, hubiera pasado por un muchacho a la moda. El teniente Acosta se sacó la cartuchera, bajó del auto, y trajo el helado para Susana.

—Mirá, Sole, te vas a tener que dejar los anteojos. Mirá por abajo para no chorreararte.

El teniente Acosta le dio el tiempo suficiente para terminar el cucurucho y la llevó de vuelta a La Perla. Era la primera vez en cinco meses que Susana salía del campo de concentración.

Por eso esa Nochebuena, se sentía tan identificada con lo que decía Tomás Di Toffino: ella también sentía que vivían intensamente, que toda su fragilidad se endurecía cuando los tenía cerca a tipos como el Titi, como Ruffa o la Gorda, que ellos le habían enseñado a vivir todo eso sin necesidad de resignarse o de darse vuelta. Se decía que había visto lo peor y lo mejor de sus veinte años en esos meses. Tipos como Fermín de los Santos o Eduardo Pinchewski, que salían a marcar a sus ex compañeros en los autos operativos o que participaban de los interrogatorios, le parecían monstruosos. Le provocaban incluso más odio que los del grupo de tareas. Pero también se acordaba de otros militantes que habían soportado lo peor sin perder nada de su dignidad. Siempre recordaba a uno que agonizó varias horas tirado en un rincón:

—Los cagué, no les dije ni mi nombre. Los recagué.

El médico Enrique Fernández Samar se murió en la cuadra sin que sus captores supieran quién era. Desde su colchoneta, Susana escuchó su voz toda la tarde, agonizante, desfigurado, riéndose de sus torturadores. Después, su recuerdo le daba la fuerza que necesitaba para tratar de enfrentar el miedo, la desesperanza. Esa Nochebuena los detenidos ya habían llegado al número novecientos, y Susana sabía que la estadística le jugaba en contra: en la cuadra eran sólo veintipico, y a todos los demás los habían matado en la tortura o en el pozo. Pero el lunes 27 de diciembre el teniente González se le acercó para darle la noticia:

—Soledad, te vas a ir. Despedite rápido de tus compañeros. Yo te voy a llevar. En base nos dijeron que tu caso lo resolviéramos nosotros y lo sometimos a votación. Te vas.

De camino, la paró el capitán Barreiro:

—Vos fuiste correo, ¿no? A partir de ahora, si ves un correo, cruzás la calle, ¿entendés? Te quiero decir una cosa: yo voté en contra. Que te quede claro: para mí sos una enemiga.

Era de mañana y la ruta estaba muy cargada. Susana no veía nada y se sobresaltó cuando el auto frenó bruscamente. Sobre todo cuando escuchó que amartillaban las armas. Se acordó de la escopeta recortada que llevaba el teniente Acosta y le agarró un escalofrío. Quiso pensar que el teniente González sería incapaz de matar a alguien indefenso, o que a lo mejor era más piadoso. No quería ilusionarse.

-Pero tampoco me puedo resignar.

Pensó. Una hora después estaba en otro lugar: la Ribera había sido la cárcel militar de Córdoba, pero funcionaba como campo de concentración desde mediados de 1975. Al otro día Susana se enteró de que, ahí, algunos se salvaban. Semanas después, el lunes 14 de febrero, el teniente González volvió a buscarla. Esta vez no llevaba armas a la vista y estaba solo. Le hizo ponerse los anteojos negros, pero al cabo de un par de horas Susana pudo ver las sierras, los autos con el portaequipaje cargado, picnics a la orilla de los ríos. Cuando llegaron a Bell Ville, el militar le preguntó dónde era su casa. La encontraron cerrada. Un vecino que la miró como quien ve a un aparecido, apenas balbuceó:

-Tus padres fueron al campo.

Marcos Sastre, el padre de Susana, tenía un campito en las afueras. Hacía ocho meses que no veía a su hija. La abrazó y empezó a hacer preguntas. El militar se ocupó de contestarle rápido:

-Soy oficial del Ejército. Nosotros tuvimos detenida a su hija, pero fue un error; así que le pido disculpas y se la traigo de vuelta. Sana y salva.

-Oficial, usted me devuelve la vida. Hemos dado vuelta cielo y tierra. No quise presentarme a la Justicia, porque tenía miedo de que eso fuera peor. Me recibió el cardenal Primatesta, muy comprensivo, pero me dijo que él no podía hacer nada. Ay, Dios mío, qué suerte que estás aquí, querida.

El padre de Susana invitó a almorzar al teniente primero González, que nunca dijo su nombre. Antes de irse, el oficial le hizo sus últimas recomendaciones:

-Quedate acá en Bell Ville, Susana. Yo voy a pasar a hablar con el comisario para que no te molesten.

Susana Sastre también sobrevivió a una úlcera de estómago que la acompañó mucho tiempo. Años después, pudo saber que a Tomás Di Toffino, Horacio Álvarez, María de los Milagros Doldán y Ricardo Ruffa los habían "llevado al pozo". Y que el pozo tenía distintas versiones: a algunos prisioneros los tiraban desde helicópteros al dique San Roque, a otros los fusilaban en un descampado y los enterraban en fosas comunes en el cementerio San Jerónimo o en algún paraje alejado de las sierras. Las ejecuciones no siempre corrían por cuenta de los miembros del grupo de tareas: también actuaban esos integrantes eventuales de los operativos que llamaban "números". El general Luciano Benjamín Menéndez había decidido que todos los oficiales del Tercer Cuerpo de Ejército participaran de un "pacto de sangre". Para eso, ordenó que todos los oficiales bajo su mando ejecutaran por lo menos a uno de sus prisioneros. Se calcula que, sólo en La Perla, el Ejército argentino mató a unas 2.000 personas.